

los sitiados reanimándolos; en los sitiadores causando desaliento, y precipitando sin duda su retirada.

Pero la guerra civil, fué poderoso auxiliar para los invasores. Á ella se debió que la resistencia nacional no presentara mayor energía; que los triunfos le fuesen ménos costosos á los americanos; y que la paz se firmase haciendo grandes sacrificios.

Quiera Dios que tantas desventuras, sirvan de leccion para lo futuro!

1847.

BATALLA DE LA ANGOSTURA.

SUMARIO.

Cuartel General de San Luis Potosí.—Llegada del General Santa-Anna.—Concentracion de fuerzas.—Contingente de los Estados.—Mala impresion que hacian en el Ejército los artículos que publicaba contra él la Prensa de la Capital.—Grande escasez de recursos para hacer la guerra.—Esfuerzos del Estado de San Luis.—Resolucion del General Santa-Anna.—Marcha del Ejército.—Lucha con los elementos.—Concentracion de las tropas en la Hacienda de la Encarnacion.—Marcha sobre Aguanueva.—Combate del 22 y batalla del 23 de Febrero.—Retirada.—Penalidades del Ejército.—Regreso á San Luis Potosí.—Observaciones.

Á principios de Octubre de 1846, llegó el General Santa-Anna á San Luis Potosí con la mayor parte de las fuerzas militares que había en el interior de la República, y estableció su Cuartel General.

Desde luego ordenó que la division que evacuó Monterey y se hallaba en el Saltillo, se replegase á San Luis. Esta disposicion fué acaso innecesaria y aún inconveniente. Lo primero, porque había siete semanas de suspension de hostilidades, y por lo mismo no podía temerse un conflicto. Además, que cuando el caso de una retirada lle-

gase, se haría á través del desierto, por donde el enemigo ni se aventuraría en una persecucion, ni aunque lo hiciera, podría alcanzar á nuestras tropas, por los grandes trenes que conducía.

Lo segundo, porque la presencia de aquellas tropas en el Saltillo, hubiera alentado á la poblacion de los Estados de Coahuila, Nuevo-Leon, y Tamaulipas, para formar guerrillas, hostilizar al enemigo, é interrumpir su línea de comunicacion con el Rio-Bravo.

Y era conveniente que las fuerzas que formaban el Canton de San Luis Potosí, no presenciáran un movimiento retrógrado, sino, ántes bien, que ellas, avanzaran para apoyar á los que se hallaban al frente del enemigo.

Aun en el caso de que terminado el armisticio, conviniese replegar aquella fuerza avanzada, fácilmente se podría retirar á Matuhuala, en donde serviría de apoyo y de refugio á las guerrillas que hostilizaran á los americanos, protegería la desercion de estos, y cubriría al mismo tiempo la Ciudad de San Luis.

Otra disposicion del General Santa-Anna, fué la desocupacion del puerto de Tampico. No era en verdad prudente dejar una guarnicion aislada á tan grande distancia, pero el modo como se verificó la desocupacion, es sin duda censurable.

Sin necesidad, se hizo todo con una grande precipitacion. No se quiso esperar á internar el material de guerra ántes de abandonar el Puerto. Tampoco se quiso armar á los pueblos con los elementos que allí había; y cuando la Nacion carecía de todo, se arrojaron al rio sin compasion, cañones, armas y municiones.

Que esto se hizo por órden del General Santa-Anna, me induce á creerlo, el que por semejante proceder no se exigió ninguna responsabilidad al General Parrodi, que mandaba la plaza.

Con pocos dias de diferencia llegaron á San Luis las fuerzas del Saltillo y las de Tampico, que dejaban en poder del enemigo dos Estados de la Federacion.

Desde luego se pensó en fortificar San Luis.

Por el N. y el O. de la Ciudad se comenzaron á levantar obras de poca capacidad, en terrenos sembrados, llenos de árboles y de construcciones, que no hubiera sido fácil destruir llegado el caso, para

procurar un campo de tiro despejado, y quitar aquellos abrigos al enemigo.

En el Santuario de Guadalupe, se comenzó una obra más formal. Era un fuerte cerrado, con bastiones y medias lunas, que formaba un pentágono regular. Aunque se avanzó mucho en esta obra, no llegó á concluirse.

Las tropas hacían ejercicio con frecuencia. La infantería, por brigadas, al mando de sus generales respectivos; pero nunca vi un ejercicio general, ni siquiera de una division.

La caballería, solamente maniobraba por regimientos.

La artillería rara vez solía maniobrar, y nunca tiró al blanco.

El General en Jefe, no se presentaba en el campo de instruccion, de suerte, que no podía apreciar la bondad respectiva de los cuerpos que estaban á su mando.

Los domingos, las tropas iban á misa, daban un paseo por la ciudad, y volvían á sus cuarteles.

No supe que hubiera reuniones de los jefes superiores, para conferenciar sobre las operaciones de la campaña, ni que se hubiese proyectado algun plan.

Tampoco había en todos los cuerpos, como debería ser, academias de oficiales.

Durante los meses de Noviembre y Diciembre, llegaron reemplazos para el Ejército.

Tambien llegaron las tropas levantadas en los Estados de Guanajuato y Jalisco. Estas tropas estaban en general mal armadas: cuerpos había, en que se veian armas de todos tamaños, y gran parte de ellas sin bayonetas, notándose muchos fusiles atados con correas, ó con cordeles, en vez de abrazaderas.

Entre las tropas procedentes de Jalisco, se hallaban las levantadas en la última revolucion.

En general, todas estaban mal vestidas y equipadas, especialmente las de Guanajuato.

En cuanto á su instruccion, era completamente rudimentaria.

Componiéndose la mayor parte de reclutas, los contingentes que mandaban los Estados que lo efectuaron; no se cuidó de que hicie-

ran por lo ménos algunos ejercicios de fuego, de manera, que muchos soldados fueron á batirse, sin haber disparado jamas un fusil.

Entre los defectos del General en Jefe, uno de los que producía mayores males, era la proteccion y preferencia que daba á ciertos cuerpos, que todo lo tenían en abundancia, miéntras otros carecían de lo preciso.

El Regimiento de Húsares con su alta paga y su numerosa oficialidad, consumía mucho más que los otros regimientos. Para ponerlo en alta fuerza, refundieron en él varios Piquetes de los que se levantaron en Guadalajara, cuando el pronunciamiento: de esto resultó, que aquel cuerpo que se distinguía por su oficialidad, escogida, perdiese esta ventaja, recibiendo en su seno oficiales muy inferiores bajo todos conceptos.

En infantería, los batallones 1.º 3.º y 4.º Ligeros, y el 11.º de Línea, eran protegidos.

Zapadores, el 2.º Ligero, el 1.º el 3.º el 4.º el 5.º el 10.º y el 12 de Línea estaban en poca fuerza y no bien equipados.

Los Activos de México, de Querétaro, de San Luis, de Aguascalientes, y de Morelia, se hallaban casi en cuadro.

Los auxiliares de Guanajuato, de Leon, de Celaya y de Guadalajara, aunque en buena fuerza, estaban casi desnudos, con un armamento malísimo, especialmente los tres primeros.

Llegaron tambien algunos cuerpos de caballería, "Voluntarios del Bajío," pero como se verá despues, no prestaron ningun servicio.

Á mediados de Noviembre terminó el armisticio que se pactó en la capitulacion de Monterey, celebrándose tal acontecimiento, con dianas y músicas al romper la retreta, delante de la casa que habitaba el General en Jefe.

La orden del dia, era una especie de proclama á las tropas.

Ordenó el General Santa-Anna que en la Sierra de Tula, que segun se decía estaban fortificando, se formase una division de observacion, al mando del General D. Gabriel Valencia, que había llegado de Guanajuato con las fuerzas de aquel Estado.

El General Santa-Anna, revistó las tropas que debían marchar, en el llano de Guadalupe.

Se componían del batallon número 12 Batallon Fijo de Méxi-

co, Batallon Guarda-Costa y Compañía Veterana de Tampico; Escuadron de San Luis, y la Caballería Voluntarios de Guanajuato.

Toda la fuerza pasaría de dos mil hombres con tres cañones de á 8.

Poco despues de haberse situado esta fuerza en la Sierra, una division americana al mando del General Quitman, procedente de Monterey, marchaba por Victoria para embarcarse en Tampico.

Al pasar por la vertiente de la Sierra, la marcha del enemigo era desordenada, á causa de los angostos *ahiladeros* por donde se prolongaba; y aún se decía que muchos soldados iban en estado de embriaguez.

Parece que los vecinos de Victoria y de otros lugares de Tamaulipas ofrecieron hostilizar á los americanos si las tropas los atacaban.

Todo estaba dispuesto para el combate, y la seccion que mandaba el General D. Manuel Romero á la vista del enemigo.

Se dijo, que en aquellos momentos, el General Valencia recibió una orden absoluta y terminante del General en Jefe, prohibiéndole bajo su más estrecha responsabilidad, que comprometiese algun lance de armas.

Los americanos siguieron su camino sin que fueran molestados; los pueblos quedaron entristecidos y desalentados; y las tropas con un profundo disgusto.

Los Voluntarios de Guanajuato se desbandaron casi en su totalidad.

Este hecho da lugar, á muchas y tristes reflexiones. ¿Con qué objeto se situaba una division en la Sierra, si llegado el caso no debía hostilizar al enemigo? ¿Qué mal hubiera producido hostilizar á los americanos, áun cuando nuestras tropas hubieran llevado la peor parte? ¡Ó es que el General Santa-Anna no quería dejar á otro General la gloria de adquirir un triunfo!

Como resultado inmediato de este acontecimiento, además de la pérdida de la caballería del Bajío, tuvo lugar la separacion del mando por renuncia, del General D. Gabriel Valencia, quedando á la cabeza de la division el General de Brigada D. Ciriaco Vazquez.

Al terminar el año de 1847, la situacion del Ejército era la siguiente:

En Tula de Tamaulipas, la division del General Vázquez.

Dos ó tres batallones de escasa fuerza, y la mayor parte de la caballería, ocupaban á Bocas, el Venado, Matchuala, el Cedral y San Juan Vanegas,

El Cuartel General, con la mayor parte de la infantería, la artillería, y el Regimiento de Húsares, estaban en San Luis Potosí.

No se puede negar que el Estado de San Luis, se ha distinguido por su patriotismo y sus servicios en esta guerra. Su Gobierno ha auxiliado al ejército, con dinero, y con el contingente de sangre; y el pueblo ha suministrado víveres para la tropa, y trabajos personales.

No obstante, estaba muy léjos de notarse en la República, el fuego patriótico, el entusiasmo de un pueblo, que se levanta en masa para defender sus hogares.

El aspecto de la ciudad era tranquilo; y si la presencia de las tropas no le diera cierto aspecto marcial, no habría motivo para acordarse que la Nacion sostenía una justa guerra con los extranjeros que la invadian.

El Ejército del Norte estaba mal pagado, como era natural, por el estado de penuria en que se hallaba el erario.

No se hacian otros preparativos para la campaña, que la construccion de municiones y la reparacion de material de guerra.

Tampoco se acopiaban víveres, de que carecian totalmente las comarcas que el ejército tendría que recorrer: no se organizaba un hospital ambulante, sin el cual no puede pasarse ningun ejército, ni ménos se podía pensar en tiendas de campaña para la época rigurosa del invierno, porque éstas, nunca las han usado las tropas mexicanas.

Algunas semanas, ó acaso meses, eran todavía necesarios para perfeccionar la organizacion de aquel conjunto de tropas llegadas de diversos rumbos, muchas de ellas acabadas de levantar.

Por lo tanto, no se podía pensar en poner en movimiento aún, aquellas masas que tanto les faltaba para perfeccionarse. Pero desgraciadamente, el General en Jefe no tenía toda la libertad de accion que le era necesaria.

El Gobierno, impulsado por la opinion pública que se impacientaba por que no se activaban las operaciones, sin calcular las difi-

cultades que ocurrían, ejercía cierta presion sobre el General, para que se pusiera en campaña cuanto ántes.

La Prensa, sin prever las consecuencias de su imprudente conducta, se exasperaba por la inaccion del ejército, llenándolo de improperios. Pintaba á San Luis como una nueva Capua, donde los militares se entregaban á los placeres, consumiendo los caudales de la Nacion, y olvidando completamente la causa de la Patria.

Cada correo que llegaba de la Capital, producía una explosion de disgusto en el ejército.

El periódico llamado *Don Simplicio*, con su carácter satírico y iocoso, era uno de los que más herian á los militares.

Olvidaban aquellos escritores, que los Gobiernos mexicanos, nunca tuvieron habilidad para organizar y atender al ejército: que nuestros soldados siempre estuvieron mal pagados, mal alimentados y mal vestidos; que en San Luis se hallaban los restos del Ejército del Norte, que había guarnecido nuestra frontera por más de diez años, combatiendo constantemente, ya contra los indios bárbaros, ya contra los texanos, sin recibir más que de vez en cuando una pequeña parte de sus haberes: que los jefes, oficiales y tropa, trabajaban personalmente para proporcionarse el sustento; pero que acudian al toque de generala, ya para combatir, ya para expedicionar por el desierto, sin más sueldo ni más raciones, que una bolsa con *totopo* que cada uno se proporcionaba.

Cuando más se necesitaba alentar á aquellos desgraciados soldados, que si no habian obtenido la victoria, no era ciertamente por su culpa, y que se disponian á combatir con tantas desventajas; se les desmoralizaba con aquellos escritos, que ponian en su contra la opinion pública.

Por fin, llegó á tal grado la exaltacion, que ya nadie pensaba sino en marchar.

No se hacía caso de que se careciera de cosas importantes, ni de que faltaran los víveres y el dinero. Se quería abordar al enemigo, y que vencidos ó vencedores, se manifestara á la Nacion, derramando abundantemente la sangre, que los soldados mexicanos no merecían los ultrajes que se les prodigaban.

El General en Jefe, que participaba de la comun indignacion, an-

siaba igualmente poner un pronto término á una situacion tan tirante. Comprometiendo su crédito particular, adquirió algun dinero, con el que pudo hacer que el ejército se pusiese en marcha.

Por este tiempo, se recibió la noticia de que el General D. José Vicente Miñon, que mandaba una brigada de caballería, había hecho prisioneros en la Hacienda de la Encarnacion, á dos jefes, cuatro oficiales y setenta hombres de tropa del enemigo.

Tambien se dijo, que otra partida de cien hombres, que se introdujo en el cañon de Santa Rosa, había sido destruida por los habitantes.

Enero 26.

Se dió órden para que el ejército se pusiera en marcha.

Se repartió media paga á Generalas, Jefes y Oficiales; y se previno que no se llevasen equipajes.

Basta considerar que la media paga de un subteniente de infantería, sin descuentos, es de diez y ocho pesos, para calcular las privaciones á que tuvieron que sujetarse los subalternos.

Enero 27.

Marcharon:

- El Batallon de Zapadores.
- Tres compañías artillería á pié.
- Una compañía de voluntarios irlandeses.

Conducían:

- Tres cañones de plaza, de á 24, de fierro, en carros.
- Tres cañones de sitio, de á 16, de bronce, montados.
- Un obus de batalla, de 7 pulgadas.
- Cinco cañones de batalla, de á 12.
- Dos cañones de batalla, de á 8.

Hacian un total de 14 piezas, que unidas á 3 de batalla, de á 8, que tenía la division que estaba en Tula y debía incorporarse, subía á diez y siete bocas de fuego; dotacion incompetente para un ejército que podía elevarse á diez y seis mil hombres.

Calculando tres piezas de artillería para cada mil hombres de infantería, y cuatro para cada mil caballos; necesitaba el ejército:

Para 12,000 infantes.....	36 piezas.
Para 4,000 caballos.....	16 „
	<hr/>
Total.....	52 „

Estas cincuenta y dos piezas, debian de ser de batalla, sin perjuicio de llevar, ademas, el parque de sitio que se hubiera juzgado oportuno, y al cual pertenecian las piezas de á 24 y de á 16; para el caso remoto de que el enemigo se hubiese encerrado en alguna poblacion.

En resúmen; el ejército no iba dotado más que con once piezas de batalla; es decir, con ménos de un cañon para cada mil hombres.

Es bien sabido, que mientras más inferiores sean las tropas en calidad, se necesita apoyarlas en mayor número de cañones. Desgraciadamente, nuestro ejército, se componía en gran parte, de gente colecticia que se iba á presentar al fuego por la primera vez.

Se sabía tambien que los americanos eran fuertes en artillería, y sin embargo de estas consideraciones, parece que hubo empeño en llevar poca.

No faltaban ciertamente en San Luis cañones ligeros para formar dos ó tres baterías, ni tropa con que servirlos; porque ademas de sobrar gente de la Primera Brigada del arma, existian dos baterías de artillería á caballo, que se destinaron malamente para escolta del parque general, á excepcion de los pelotones, con que dotaron dos piezas de á 8, que mandaba el Capitan D. Ignacio Ballarta.

En último caso, se podía disponer de los Voluntarios Irlandeses, que en San Luis se habian ejercitado en el servicio de las piezas.

Parece increíble, cómo se han cometido torpezas semejantes, que tanto contribuyeron al mal resultado de la campaña.

Pronto, acaso, se echará de ménos la falta de artillería de batalla.

Enero 23 y 29.

Ha salido la 5ª Brigada de infantería, al mando del General D. Francisco Pacheco.

Enero 30.

Salieron las brigadas Primera y Segunda de infantería, compuestas de ocho batallones de las mejores tropas, al mando de los Generales D. José García Conde y D. Francisco Pérez.

Enero 31.

Marcharon las brigadas Cuarta y Sexta, al mando del General D. Luis Guzman. Se componen de ocho batallones, de los que exceptuando el Cuarto de Línea, y los activos de México y Aguascalientes, son formadas de tropas bisoñas.

Febrero 1º.

No hubo movimiento.

Febrero 2.

Marchó el General Santa-Anna con sus ayudantes, el Estado Mayor, los Comandantes Generales de artillería é ingenieros, el Jefe del Cuerpo Médico, etc.

Lo escolta el Regimiento de Húsares.

Aunque se había ordenado que no se llevaran equipajes, semejante disposicion solo tuvo lugar para los oficiales y jefes de inferior graduacion, porque todos aquellos que pudieron, no solo los llevaron, sino que tambien conducian mulas cargadas con provisiones.

Esta primera jornada, se hizo caminando la mayor parte de la noche, y se rindió en la Hacienda de Bocas.

Febrero 3.

De Bocas al Venado.

En el camino encontramos á los setenta americanos hechos prisioneros en la Encarnacion el 23 del mes anterior.

Todo el dia llovió y por consiguiente, llegamos empapados al Venado.

Febrero 4.

Del Venado por Charcos á Laguna Seca.

Todo el dia llovió.

Sobre la marcha encontramos otros veintinueve americanos, que hizo prisioneros el General Miñon.

Febrero 5.

Al Rancho de la Punta, por las Haciendas de Solís y el Represadero.

El General Santa-Anna continuó hasta la Hacienda de la Presa. La comitiva pernoctó en la Punta.

Febrero 6.

A Matehuala, dejando á la izquierda la Hacienda de la Presa.
Las brigadas que estaban en Matehuala, continuaron su marcha
hacia adelante,

Febrero 7.

Á San Juan de Vanegas por Ojo de Agua y el Cedral.

Febrero 8.

Llegó el General D. Francisco Mejía con la Tercera Brigada de in-
fantería.

El General en Jefe permanece en Matehuala.

Febrero 9.

Continuamos en Vanegas.

Llegó la Segunda Division de infantería á las órdenes de su Ge-
neral D. Francisco Pacheco.

Se previno que con las fuerzas existentes en este punto, se for-
mase la Division de Vanguardia. En consecuencia, la division se
compondrá de los cuerpos siguientes:

- | | | |
|------------------|---|--|
| Primera Brigada. | { | Batallon Segundo Ligero. |
| | | Id. de San Luis Potosí. |
| | | Id. de Morelia. |
| Segunda Brigada. | { | Batallon Activo de Celaya, |
| | | Id. Id. de Leon. |
| | | Primer Batallon, Auxiliares de Guanajuato. |
| | | Segundo Id. Id. de Id. |

El Batallon de Zapadores y la Artillería, quedaron á las inme-
diatas órdenes del General en Jefe.

Febrero 10.

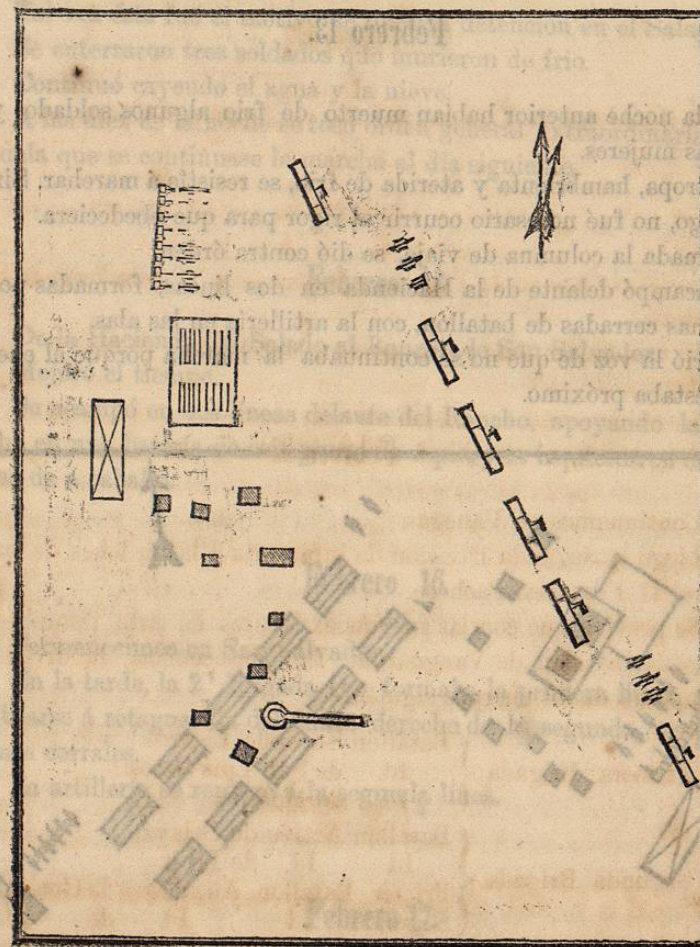
Previno la órden general que al dia siguiente se continuase la
marcha.

Llegó el Cuartel Maestre, General D. Pedro Ampudia.

Febrero 11.

De Vanegas á la Noria de las Ánimas.

Mucho frio, viento y nieve.



CAMPAMENTO EN LAS ANIMAS